

2. *Cupcakes, whisky y otros desastres*
Whisky barato – Fito y Fitipaldis

La tostadora decidió pasar a mejor vida aquella mañana. Nunca me había llevado del todo bien con los aparatos electrónicos, pero eso era ya *next level*. Dos tostadoras, al cementerio —*si existiese un lugar de culto para ellas*— en menos de un mes. Justo el día que había decidido que era buena idea robarle cinco minutos más al despertador. ¡*A la vida!* Un café sin azúcar —*insípido, diría Marcos*— y a correr. Literal.

El calor me golpeó en la cara en cuanto puse un pie en la calle. ¿*Sabes si la piel de los Berluti se puede derretir?* Siendo sincero, ni los cuarenta grados a la sombra hubieran impedido que me quitara el traje. Gris oscuro. Sin corbata. Formal, pero no demasiado. Alguien que cuidaba su aspecto —*y el envoltorio*—, pero con ese toque casual que hacía que más de uno me odiase.

Alejandro De la Vera. Un placer.

Mi móvil vibró en el bolsillo derecho de mi pantalón. No le hice caso. Demasiado ocupado intentando no pisar a nadie mientras sorteaba a los transeúntes de Alberto Aguilera. Un par de señoras me miraron mal cuando pasé por su lado y les di un pequeño empujón con el maletín del portátil. Les pedí perdón. Llegaba *jodidamente* tarde. Aunque seguía prefiriendo ese camino que coger el metro para cuatro paradas hasta Alonso Martínez. *Y pensar que antes solo iba allí a emborracharme al 'Space Monkey'...*

Una nueva vibración. Exasperado, cogí el móvil. *Marcos.*

 Marcos (09:00):

**Tío, esta noche es la despedida de soltero de Julio.
Vas a venir?? Confirma!!**

¿A qué genio se le había ocurrido la brillante idea de hacer una despedida de soltero un lunes? A uno con barba y ojos de seductor nato. Al de siempre. A Antonio. Ese amigo que no tenía un horario de oficina que cumplir cada mañana. El mismo que cerraba los garitos con su grupo de música pop/rock y un bajo que quería más que a su propia familia.

¡Cómo no! Guardé el móvil y me pasé las manos por el pelo. No pensaba ir. Y hasta yo sabía que estaba mintiendo. Iría y me arrepentiría al día siguiente de haberme tomado esa copa de más. *O, quizás, de menos.*

Llegué con el tiempo pegado al culo. Nada habitual en mí, *profesionalmente* hablando. En la vida real era otra historia. Otra en la que no pensaba meterme esa mañana. Atravesé la oficina como un rayo. No saludé a nadie, salvo un leve gesto con la cabeza a mi jefa, Tamara Alarcón, a través del cristal de su despacho. Entré en el mío y conecté el portátil. Veinte minutos tarde. *Mierda.*

—Alejandro. ¿Tienes un momento?

Tamara entró en el despacho y cerró la puerta tras ella. *Cojonudo.* Me iba a caer la bronca del siglo. Me miró con el semblante serio y el pelo recogido en un moño alto. Candidata a actriz protagonista del *live action* de la *Señorita Rottenmeier*. Una jefa que no solía

entrar en mi despacho si no era para algo importante. Confiaba demasiado en mí como para intervenir en la dinámica de equipo. *Las cosas estaban a punto de cambiar.*

—Claro. Tú dirás.

—Nos ha llegado un nuevo proyecto. Me gustaría que te encargaras, personalmente.

Personalmente. El tono que utilizó para pronunciar esas trece palabras me dio la misma mala espina que un martes trece. *Ni te cases ni te embarques*, decían. Casarme no entraba en mis planes, pero alguien había decidido comprarme un billete de ida —*sin retorno*— al destino que pondría mi paz mental patas arriba.

Normalmente, cuando me asignaban un nuevo proyecto, lo hacían por correo electrónico. Sin vacilar. Sin titubeos. Algo me decía —*llámalo 'x'*— que no era un designio cualquiera.

—Bien —dije con cautela—. ¿De qué trata ese nuevo proyecto?

Frente a la trinchera de la Tercera Guerra Mundial y sin chaleco antibalas. Los cuatro jinetes del apocalipsis me sonreían desde el horizonte, deseosos de desatar el terror. Tamara dudó por un momento. Suspiró y se sentó en la silla frente a mi escritorio.

—Te lo voy a decir sin rodeos, ¿vale? Se trata de una editorial, en auge, de esas que publican comedias románticas con portadas cursis —cogió aire, evaluando mi reacción—, y nos han contratado para que le hagamos una campaña publicitaria creativa, con cositas bonitas, con esa chispa de “algo con historia”.

No podía ser verdad. Te juro por mi santa madre —*y perdóname mamá*— que no me lo podía creer. ¿Yo? ¿Alejandro De la Vera, publicista de coches y perfumes de alta gama, vendiendo novelas con portadas de *cupcakes*? Con la suerte que tenía, la *bonoloto* no me tocaría ni aunque me bendijese la *mismísima* Virgen del Rocío.

—Tamara...

—Sé lo que me vas a decir —dijo levantando la mano—, pero tienes talento suficiente para encargarte de esto. Así que deja de esconderlo detrás de campañas de whisky barato.

—Son mi especialidad —dije con sorna—. Además, yo no leo ese tipo de novelas. Seguro que a Teresa le interesa más y sería una gran oportunidad para ella.

—Perfecto —dijo dejando entrever una sonrisa maliciosa—, en ese caso, Teresa será tu ayudante. Necesita aprender del mejor antes de encargarse ella sola de un proyecto.

—A veces los alumnos superan al maestro... —dije frotándome los ojos con la mano.

Tamara se levantó con una sonrisa triunfal en los labios que me puso nervioso. No eran nervios con mariposas de colores revoloteando en mi estómago. Más bien, eran retortijones que me llevarían al baño en menos de cinco minutos. Dio la conversación por

finalizada –*¿Dónde quedaba mi derecho a réplica? ¡Protesto, señoría!*– y, antes de salir del despacho, dijo que me enviaría toda la información necesaria por email.

Pasé el resto de la mañana revisando el último proyecto que entregaríamos esa misma semana. Uno de esos de ‘*whisky barato*’ de los que hablaba Tamara.

A última hora, me reuní con Teresa para organizarnos con la nueva campaña. Sin información. Sin experiencia. Salvo teoría dada deprisa y corriendo en cuatro años de carrera y un máster que no hubiese podido pagar ni en diez años si no llega a ser por la ayuda de mis padres. Lo justo para fingir que sabíamos lo que estábamos haciendo. *Mucho ruido y pocas nueces.*

—Yo me voy a ir ya. Seguiré conectado desde casa un par de horas. Cualquier cosa, me escribes.

Teresa sonrió y salió de mi despacho. Cara redonda, ojos saltones, flequillo cortinilla y piercing en la nariz. Una adolescente atrapada en el cuerpo de una mujer de treinta y cuatro años. Era mona y graciosa, pero no era mi tipo. Y, créeme, ni yo el suyo.

Dicen que las prisas no son buenas. *¡Qué razón llevan!* Un mal movimiento –de esos que parecen hasta planeados– hizo que el marco de fotos del escritorio se cayera al suelo. No se rompió –*y menos mal*–, pero la fotografía en el suelo me devolvió la mirada. Pretendía hacerme el mismo daño que yo a ella. Y no la culpo.

Estábamos todo el grupo. Natalia y Julio se besaban. Marcos sujetaba su litrona como si fuese un futbolista del Real Madrid que acababa de ganar la Copa del Rey. Y Antonio abrazaba a *alguien*. A un *alguien* que no había visto en años y que quería borrar de mi vida. *Las mentiras tienen las patas muy cortas.*

Me froté la cara con la mano derecha. Un intento desesperado de que el recuerdo desapareciese. No lo hizo. Ni siquiera sabía porqué seguía guardado esa fotografía. Ella, en primer plano, con esa sonrisa que le sentaba tan *jodidamente* bien. Yo también estaba, mirándola de reojo y a lo lejos. Como siempre. *¿Y si la hablaba? No, Alejandro. Lo prometiste.*

Recogí el marco del suelo y lo dejé de nuevo en el escritorio. Boca abajo. Hice lo que se esperaba de mí: dejarla atrás. ¿Cobarde? Mucho. Y a mucha honra. Aunque ya no estaba tan seguro de que mi cobardía hubiese sido motivo de orgullo en algún momento.

Al llegar a casa, preparé un par de ideas para la campaña que había nombrado como ‘*el proyecto más inútil de toda mi vida*’. Una editorial, casi virgen, que olía a fracaso a kilómetros de distancia. Y yo iba a ser partícipe. Más bien, me habían hecho cómplice.

Ningún modelo me convencía demasiado. Seguía sin recibir el dichoso correo electrónico. Y el recuerdo de la fotografía tampoco ayudaba.

Mi móvil vibró encima de la mesa del comedor. *Justo a tiempo.* Una llamada. Antonio.

—De la Vera. ¿Vas a venir o qué?

Suspiré. Miré el antiguo reloj del salón. Uno grande. Demasiado para mi gusto. Uno bonito –y caro– que tuvieron el detalle de regalarme mis amigos cuando vinieron a ver la casa que me había comprado. *Las siete y media*.

—Es lunes, tío. Mañana madrugo.

—Venga, tío, será solo un rato. Una cena, un par de copas en casa de Marcos...

—¿Y? —pregunté. *Le conocía lo suficiente para saber que algo tramaba*.

—Y... tengo algo que contarte.

Equilicué. Ahí estaba. El verdadero motivo del *cagaprisas* de Antonio por reunirnos a todos. La trampa mal disfrazada de quedada inocente. Y seguía sin ver las señales del cartel neón que tenía frente a mí. No era buena idea, pero iba a ir. *La curiosidad mató al gato*, decían.

La casa de Marcos no quedaba muy lejos de la mía. Literal. Diez minutos andando, atravesando la calle Princesa. Lo malo de vivir en Madrid era que nada quedaba lo bastante lejos. Solo *ella*. *No, joder. Otra vez no*. Caminé más deprisa en un intento desesperado de dejar atrás su maldito recuerdo. No calculé que era yo quien lo perseguía.

—Ya era hora de que llegaras.

Marcos me recibió con un tercio de cerveza bien frío. Lo cogí y, aún cruzando la puerta, le pegué un sorbo. Uno largo. No sabía si estaba capacitado para olvidarme de *ella* esa noche, pero deseaba que el alcohol me ayudara a intentarlo.

Al entrar al salón, vi a Antonio y a Julio sentados en la *chaiselongue* verde botella de Marcos. Conocimos a Julio cuando llevaba un par de meses saliendo con Natalia. De las pocas veces que se dejaban ver el pelo cuando abandonaban sus relaciones extramatrimoniales. Y diez años después... *bodorrio* por todo lo alto. *¡Ay, Natalia! ¡Quién te ha visto y quién te ve! Eras tú la que decías que el amor era una invención de El Corte Inglés para monetizar el día de San Valentín*.

Natalia era esa amiga que parecía tener los pies en la tierra, pero sus ideas –las que *defendía a capa y espada*– volaban por encima de las nubes. Agallas le echaba a la vida, las cosas como son. *Sin miedo al éxito*, decía ella. Aunque a veces su lengua –más afilada que un cuchillo de matanza– le jugaba malas pasadas.

Julio se enamoró de ella sin poder evitarlo. Tampoco puso mucha resistencia y no le culpo. Pequeña, delgada y con una larga melena castaña. Una princesa de cuento. Lástima que nosotros la conociésemos cuando aún gateábamos en pañales por el patio trasero de la casa de mis padres. *¡Qué desperdicio!*

Marcos cerró la puerta y se reunió con nosotros en el salón. Yo me acomodé en una de las sillas de la mesa principal. Noté los ojos de todos ellos encima de mí. Parecían las tres mellizas mirándome desde el sofá, tramando alguna travesura. *¿Olía a encerrona?* No, claro que no. Solo era la despedida de soltero de Julio. *¿Verdad?*

—Lo pilló. Empezad a largar, perras del infierno —dije, dando otro trago más largo.

Se miraron entre ellos como si yo no estuviese allí. El tango de miradas que se marcaban comenzaba a ponerme nervioso. Nunca me han gustado los silencios incómodos que son el preludio de una tormenta. Y yo no había llevado paraguas.

—Es Mery —dijo Antonio sin parpadear.

Mery. Cerré los ojos con fuerza y dejé el botellín encima de la mesa. El recuerdo que se había intentado colar en mi cabeza durante todo el día ya tenía nombre. *Y apellido*. Daba igual cómo me las ingeniara para olvidarme de ella. Mery era como Roma: todos los caminos me conducían a esa mujer.

—¿Y qué? ¿Alguna novedad de su maravillosa vida? —dije con toda la indiferencia que los recuerdos me dejaban.

—He hablado con ella esta mañana —dijo, e hizo una pausa. Una demasiado larga para mi gusto—. Llevo días pensando que es un buen momento de volver a reunir al grupo.

—Ya estamos reunidos —escupí. Noté cómo la mandíbula se me tensaba por momentos—. Solo falta Natalia, pero teniendo en cuenta que esto se suponía que iba a ser la despedida de soltero de Julio...

—La he invitado, por los viejos tiempos. He reservado el viernes en *El Rincón*. Una cena, De la Vera, solo eso.

Sólo eso. Había pasado los últimos años evitando saber de ella. Negándome la oportunidad de buscarla, porque Mery no dejaba de ser la ex de Antonio. Ahora era él quien se ponía nostálgico y nos arrastraba a todos. Como en *los viejos tiempos*, decía. Como si Mery no hubiese desaparecido del grupo sin dejar rastro. *Maldito Antonio*.

—¿Y a vosotros os parece bien? —pregunté, mirando a Marcos y a Julio, que asintieron inmediatamente—. Pues nada, ¡abramos la caja de Pandora! A ver si no nos explota en la cara, como siempre.

Lo peor es que no sabía si estaba más enfadado con Antonio por proponerlo, con Mery por aceptar, con Marcos y Julio por no mojarse, o conmigo mismo. Me temblaba cada maldita célula del cuerpo. Pensar que en solo cuatro días iba a volver a tenerla frente a mí era demasiado.

No podía volver a caer.

Lo harás, Alejandro. Con gusto y sin rechistar.